
José-Luis Tejada Peluffo

LOS PRIMEROS AÑOS DE RAFAEL ALBERTI (1902-1926) *

I. INFANCIA JUNTO AL MAR

Una familia en decadencia

Rafael Alberti Merello nació en El Puerto de Santa María, provincia de Cádiz, el martes 16 de diciembre del año 1902 ¹, en el número 46 de la calle que entonces se llamaba José Navarrete ², hoy denominada oficialmente calle Reyes Católicos y siempre conocida con el nombre de calle Palacio o del Palacio.

La hora de su nacimiento no se sabe con certeza. La partida de nacimiento dice “a las doce”. La de bautismo, “a las doce de la mañana”. Pero el poeta, en sus memorias ³ dice haber oído alguna vez a su madre que fue “en una ines-

(*) Nota del Consejo de Redacción. Este texto es el primer capítulo del libro de José-Luis Tejada *Rafael Alberti, entre la tradición y la vanguardia (Poesía primera: 1920-1926)*, publicado en Madrid por Editorial Gredos en 1977. El capítulo del libro se titula *Los primeros años del poeta (1902-1926)*. Al sacarse de su contexto, lo hemos modificado para que resulte explícito como título de artículo de revista.

El Consejo de Redacción de *Revista de Historia de El Puerto* ha considerado conveniente homenajear a Rafael Alberti en su centenario con un artículo en el que se tratase la etapa menos conocida de su vida (sus primeros años), y tras estudiar varias posibilidades se ha optado, una vez obtenido el permiso de su familia, por reeditar este texto de José-Luis Tejada, dada su calidad y vigencia.

José-Luis Tejada (1927-1988), profesor de Literatura en la Universidad de Cádiz, crítico literario y, sobre todo, poeta (puede ampliarse biografía y consultarse su bibliografía en poeta-joseluistejada.org), consultó fuentes de primera mano para realizar este trabajo: conversaciones con parientes y otras personas referidas por Alberti en *La arboleda perdida*, vivos aún en los años sesenta del siglo XX; y, sobre todo, la información que le proporcionó el propio Rafael en la correspondencia epistolar y telefónica que mantuvieron ambos desde 1953.

La de José-Luis Tejada no es sólo la primera sino la más documentada, contrastada y difícilmente superable biografía de los primeros años de Rafael Alberti: un texto esencial, y tan magníficamente escrito que en ocasiones, como corresponde a la sensibilidad y calidad literarias de José-Luis Tejada, se convierte en prosa poética.

- (1) Y no en 1903, como se dice en tantos manuales, basándose seguramente en un error padecido en sus confesiones a “La Gaceta Literaria” en 1929. Ver en Bibliografía *Itinerarios jóvenes de España*.
- (2) Nombre de otro escritor portuense (1836-1901).
- (3) *La Arboleda Perdida* (Libros I y II de Memorias), Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1959, pág. 13; libro fundamental para este trabajo y que citaré, abreviándolo, como *Arb. Perd.*

perada noche de tormenta”. Es posible que el parto, laborioso, se iniciara en la madrugada y concluyera cerca del mediodía.

Sus padres, don Vicente Alberti Sánchez y doña María Merello Gómez, eran también del Puerto. Los Alberti y los Merello, oriundos de Italia, venían emparentándose desde varias generaciones atrás. Los padres del poeta habían nacido, con siete años de intervalo, en dos casas contiguas de la misma calle. Aun cuando el poeta nos dice en sus memorias ⁴ que sus dos abuelos eran italianos, debemos entender la palabra “abuelos” con una cierta amplitud. Los italianos, concretamente genoveses, eran sus bisabuelos don Agustín Alberti y don Vicente Merello, casado con una Alberti, y no al revés, como, por error, cuenta el poeta.

El niño, el quinto de seis hermanos, fue bautizado solemnemente el domingo 21 del mismo mes y año en la Iglesia Mayor Prioral, Parroquia de Nuestra Señora de los Milagros, y se le impusieron los nombres de Rafael, Valentín, Ramón, Ignacio, Tomás, de Nuestra Señora de Belén, de los Sagrados Corazones y de la Santísima Trinidad. Fueron sus padrinos sus tíos Agustín Merello Gómez y Milagros Alberti Sánchez, ambos solteros. El bautizo se celebró por lo grande en la casa familiar “con selectos vinos, fiambres, pastas y dulces” con que fueron obsequiados el cura, el médico don Francisco Muñoz Seca ⁵ y otros amigos de la familia. La “Revista Portuense”, diario local, dedica a este bautizo una amplia crónica, significativa del alto rango social que aún conservaba esta familia en los primeros años del siglo.

Pero ya había empezado la decadencia. La espléndida riqueza vinatera que los bisabuelos del poeta llevaron a su cenit se había ido perdiendo a lo largo de dos generaciones de herederos mal avenidos y peor administrados. La marca “Merello Hermanos”, proveedora que fue de las casas reales de Rusia, Suecia o Dinamarca, había sido absorbida por sus principales acreedores, los Osborne, que nombraron al padre de Rafael agente general de sus productos en España.

Este descenso económico de la familia, con sus naturales consecuencias, va a explicar una serie de factores psicológicos y ambientales que influyeron poderosamente en la vida del poeta. En primer término, una actitud familiar de nostalgia del pasado, de añoranzas de aquellos “buenos tiempos” de abundancia y aun de lujo. El niño Rafael Alberti alcanza a percibir los restos de aquellos glorias pasadas, de lentísimos vales y ventrudas consolas, de suntuosas arpas y

(4) *Arb. Perd.*, pág. 13

(5) Hermano de don Pedro Muñoz Seca, el famoso comediógrafo, también portuense.

empavonados abanicos que en otro tiempo llenaron aquellos grandes salones, ya abandonados a la humedad y al polvo. Escucha a sus mayores suspirar melancólicos por un ayer tan esplendoroso como irrecuperable. Hoy descubre el retrato de un abuelo con una banda tornasolada diagonándole el pecho. Otro día encuentra en un cajón de un mueble una vieja etiqueta de la casa, dorada de coronas y medallas. Este ambiente romántico o, según le llama él mismo, “becqueriano” va a dejar una huella imborrable en la vida del poeta, afinando su sensibilidad con el más lírico de los sentimientos: la nostalgia ⁶.

En segundo lugar, los largos y morosos relatos de los viajes que hicieran sus abuelos, propagando sus vinos por el centro y norte de Europa. Paisajes solitarios y nevados, interminables llanuras pobladas de oscuros abetos... y anécdotas inverosímiles y terroríficas, tan gráficamente narradas por el tío-abuelo Vicente, contribuyeron a despertar no sólo la imaginación de Rafael, sino también la predilección constante por los tipos y ambientes nórdicos, tan perceptible en sus primeras obras. “...Soy noruego: por intuición y por simpatía personal a Gustavo Adolfo Bécquer”, declaró en 1929 a *La Gaceta Literaria*.

También influyen en la vida del poeta las continuas y prolongadas ausencias de su padre, obligado por su trabajo a permanecer, a veces durante más de un año, alejado de los suyos. Por una parte, esta ausencia va a quedar afectivamente compensada con la asidua y tierna solicitud de la madre, cuya huella va a ser decisiva, según veremos, en la formación del gusto del poeta. Por otra parte, da lugar a lo que él llama en sus memorias “el tiránico reinado de los tíos”, que, en verdad, nunca fue lo bastante tiránico como para impedirle el disfrute de una amplísima libertad.

Entre la inmensa pléyade de tíos y de tías, es el tío Jesús, hermano mayor de la madre de Rafael, el representante más caracterizado de este “reinado” de que habla el poeta. Por la autoridad de su edad y parentesco y por su posición económica mucho más desahogada, es el que sustituye al padre ausente en la dirección de la familia, aconsejando, ayudando y ejerciendo, junto con otros familiares, una vigilancia ocasional, siempre más temida que efectiva, sobre la conducta de los niños. Semejante situación de inferioridad y dependencia provocará en el hipersensible Rafael una actitud de amargo resentimiento, agravada por ciertas diferencias de trato en los colegios y por el aire de orgullo desdeñoso con que parece rehuirle alguno de sus primos más afortunados.

(6) El adjetivo “becqueriano” lo usa el poeta hablando del pasado familiar. *Arb. Perd.*, pág. 15.

Pero todo este problema se plantearía más tarde. Los recuerdos primeros de la infancia remota rebosan de ternura, luces y alegría. Los modestos sirvientes que aún quedan en la casa rodean al pequeño “Cuco”, como familiarmente le apodaban, de un hálito de cariño y simpatía, impregnado además de aromas populares: La vieja Paca Moy, víctima muchas veces, cómplice otras, de sus travesuras, pero con más autoridad cerca del niño que la misma madre. La menuda y simpática gitana Milagros Maya, costurera de la casa, que le enseñaba canciones y oraciones. Pepilla la lavandera, que jugaba con él en la azotea, olorosa de espumas y lejía. Paquillo “el hijo del cochero” de su tío, niño de la misma edad que Rafael y primer compañero de sus juegos ⁷. Y, sobre todo, Federico: un antiguo arrumbador de la bodega familiar que instalaba los belenes navideños, mientras contaba unas divertidas historias en las que unos pocos datos verdaderos se mezclaban a un sinfín de imaginados disparates, o cantaba, ante el Portal, unos viejos villancicos cuyas letras, graciosamente deformadas por el genio del pueblo, hicieron nacer en el pequeño Rafael ese gusto por las bellas palabras, luego tan peculiar en su poesía. Este gusto por el hermoso mundo de lo popular resultaba fomentado con el trato amoroso de su madre. Mujer bella y sensible, devota y triste, que le llevaba de la mano a las iglesias y capillas conventuales a rezar ante sus santos preferidos unas antiguas retahílas versificadas, nada canónicas, pero llenas de gracia y espontaneidad. Enamorada de las flores que cultivaba en el jardín de la casa o en las macetas del patio, “Reina de la Jardinería”, maestra en podas y en injertos, no sólo conocía sus preciosos nombres botánicos o tradicionales –siemprevivas, anémonas, narcisos..., zapatitos de la Virgen, flor del candil, dondiego de noche-, sino que sabía todas las leyendas y mitos florales y gustaba de contárselos a él solo, al único que compartía sus gustos y le ayudaba a recoger flores silvestres por los campos en los largos paseos domingueros.

Amor a la naturaleza y al paisaje natal y gusto por las manifestaciones más ingenuas del arte popular serán los dos factores primeros y principales que, heredados de su madre, irán modelando la sensibilidad del niño y que, reencontrados más tarde bajo otra luz estética, caracterizan toda una etapa de su obra.

(7) Este Paquillo, que aún vive y lo recuerda, es Francisco Buhigas Simeón, también nacido en 1902, hijo del antiguo cochero de don José Merello Cuesta, tío del poeta. Servía de camarero y recadero en casa del tío Vicente.

Al atardecer subían los dos niños a la azotea a perseguir con un palo los palomos del tío. Alberti cita a Paquillo dos veces en *Arb. Perd.* (págs. 27 y 55) y en el poema inicial de *Retornos de lo vivo lejano*.

Las primeras letras

Ya no vivían en la calle del Palacio. Se habían mudado a otra casa más modesta, aunque bastante amplia, en la calle de Santo Domingo, número 21. Persisten todavía las losas rojas del patio que recuerda el poeta, si bien el gigantesco naranjo de entonces ha cedido su sitio a una palmera. En esta segunda casa, próxima a la anterior, se sitúan los mejores recuerdos de la primera infancia: los juegos con su hermana menor y con su perrita negra, “Centella”; los belenes, los cuentos y los cantos del bueno de Federico; las charlas con su madre, las diabluras con las criadas, los suspiros y rosarios interminables de las tías... Todo un apacible universo de cosas simples y entrañables, al que irán a añadirse las impresiones, también gratas, de su primer colegio: el de las hermanas Carmelitas de la Caridad, donde aprendió Rafael las primeras letras. El jardín empedrado, con sus plantas y sus pájaros; las monjitas con sus zapatones negros, sus tocas blancas y sus azules delantales... El azul será el color que tiña, como un símbolo, toda su infancia en el recuerdo. Dentro de un traje azul de marinero, y en la capilla seudogótica del colegio de las Carmelitas, hizo Rafael Alberti, hacia los ocho años, una primera comunión que se demora en describir en sus memorias como “sacrílega” porque se había comido previamente una onza de chocolate. Allí aprendió a leer tras no pocos castigos, llantinas y pesadillas ⁸.

De allí –ya era “mayor”– pasó al colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, propiedad de “doña Concha”. Este colegio, desaparecido hace muchos años, estaba también muy cerca de su casa, en la misma calle de Palacio. En él aprendió un poco de cuentas y otro poco de Historia Sagrada. Le impresionó muy vivamente la historia del bíblico José, vendido por sus hermanos. Doña Concha, que concedía una importancia exagerada a la correcta pronunciación de sus alumnos, trataba con bastante sequedad y desabrimiento al pequeño Rafael, un poco, por proceder del colegio rival, las Carmelitas; otro poco, por la pequeña rebaja en los honorarios mensuales, concedida de mala gana a la empobrecida familia. La figura de doña Concha, terrible y odiosa, reaparece en la memoria del poeta embutida en pomposa bata de un color verde metálico y chirriante, que él había bautizado como “verde pitárriga”, tomando tan extraño voquible de un trabalenguas aprendido de su madre.

Ya por entonces aliviaba Rafael sus tedios escolares dibujando en los márgenes de los libros, y fue por este tiempo, hacia los nueve años, cuando empezó a despertar en él y a hacerse consciente un amargo resentimiento por su inferior-

(8) *Arb. Perd.*, págs. 16 a 20.

ridad económica frente a sus primos, los hijos del tío Jesús, poseedor, todavía, de hermosas fincas y de espléndidos coches de caballos.

Pero no todos los parientes influyeron en Rafael del mismo modo negativo. Entre ellos los había también maniáticos, divertidos e inocentes; beatos, borrachines y estrafalarios. Desde aquél que se acostaba vestido, con las manos dentro de los calcetines, hasta el que aseguraba haber visto en la sierra un ruiseñor con cabeza de vaca, pasando por los que querían ser caballo o avutarda, todos estos extraños personajes reales contribuyeron a excitar su imaginación y a familiarizarle con las más pintorescas extravagancias.

Los parientes liberales

Aún más profundamente debió influirle la que podría designarse como “rama liberal” de la familia. Su tía abuela Lola, la granadina, que le enseñó los rudimentos de la pintura al óleo; el esposo de ésta, tío Tomaso, el viejo garibaldino mutilado y, sobre todos, el hijo de ambos, Pepe Ignacio, curioso precedente familiar de Rafael, pintor aficionado en su primera juventud granadina, traductor teatral y escritor luego. Este Pepe Ignacio, que vivía malcasado en Madrid y que pasaba algunas veces temporadas con su familia del Puerto, era el “ateo”, el “republicanote”, la oveja negra de la familia, por más que para Rafael apareciera como “un hombre pacífico, tierno, sentimental, muy culto” y cariñoso. Gloria, una hermosa solterona, hermana de Pepe Ignacio, fue el objeto ignorante del primer amor desesperado y secreto del niño Rafael Alberti. Es más que probable que este tío paterno se convirtiera en un modelo, en un ideal también secreto para Rafael, que, con su espíritu rebelde y liberal, reaccionaba de ese modo contra la “beatería” excesiva y fanática de los otros familiares, cuya mayor preocupación era dar a los niños una “sólida” educación religiosa, dentro de los más rígidos principios de lo que la alta burguesía andaluza de entonces entendía por catolicismo.

Con los jesuitas

Por esta preocupación casi obsesiva o porque no había en el Puerto otro colegio donde estudiar el bachillerato, o por ambas razones combinadas, lo cierto fue que a primeros de octubre de 1913 ingresó Rafael, ya con cerca de once años de edad, como alumno externo, estudiante de primer año de bachillerato, en el famoso colegio portuense de San Luis Gonzaga, donde ya estudiaba su herma-

no Agustín, y donde habían estudiado en otros tiempos Juan Ramón Jiménez, Fernando Villalón y Pedro Muñoz Seca.

Fundado en 1864 por una junta de padres de familia andaluces y tras de funcionar un primer curso en la vecina villa de Puerto Real y los dos siguientes en el Hospicio para Misioneros que los jesuitas tenían en el Puerto, el flamante colegio, inaugurado en 1867, fue clausurado al año siguiente a consecuencia de los sucesos revolucionarios del 68 y así permaneció hasta 1875, librándose difícilmente de su incautación oficial. Convertido en Noviciado en 1924, fue cerrado de nuevo en 1932 y sirvió de hospital de sangre durante la guerra civil, tras de la cual volvió a ser Noviciado hasta 1962, año en que se abrió de nuevo el colegio que hoy subsiste.

Durante la revolución del 68 muchos padres y hermanos jesuitas del Colegio y del Noviciado de la Victoria fueron acogidos y ocultados por las mejores familias del Puerto, antes de que pasaran a Gibraltar en la fragata “Zaragoza”, proporcionada por Topete, y luego, en su mayor parte, a Francia. En reconocimiento por aquella ayuda, la Compañía de Jesús acordó luego ampliar el colegio con un externado gratuito para aquellos niños portuenses que no pudieran costearse el internado.

El Colegio del Puerto es un vastísimo edificio de tres plantas, adosado a la antigua iglesia de San Francisco de Paula y con una inmensa huerta. Está maravillosamente situado en la parte más alta de la ciudad, lindando con el campo y separado del mar por unos huertos abanicados de altas palmeras y por unas suaves dunas sombreadas de eucaliptos y pinares. Las familias mejores de la Andalucía occidental enviaban allí sus hijos como internos. “Allí –escribirá más tarde el propio poeta- sufrí, rabié, odié, amé, me divertí y no aprendí casi nada durante cerca de cuatro años de externado”⁹.

En este período con los jesuitas conviene distinguir dos fases de, aproximadamente, dos cursos cada una. Durante la primera –cursos primero y segundo-, Rafael fue un buen estudiante, aplicado, piadoso, puntual y correcto. Perteneció incluso a la congregación mariana de San Estanislao de Kostka. Casi todas las calificaciones del colegio durante el primer curso son óptimas, “Muy Bien”, excepto algunos “Bien” en Caligrafía. En la proclamación de dignidades, de acuerdo con la tradición de los colegios jesuitas, alcanzó a ser distinguido, si bien con la menor de todas, como segundo jefe de fila.

(9) *Arb. Perd.*, pág. 39.

Pero a partir del tercer curso, ya con trece años y en el crítico despertar de una precoz adolescencia, Rafael se va rebelando, tomándole el gusto a las “rabonas” (así llaman en Andalucía a “hacer novillos”), al dorado refugio de las dunas que separan la playa de la Puntilla de un denso bosque de pinos piñoneros, a las primeras experiencias eróticas, a las torpes “corridas” de vacas y becerros en el ejido de su tío, a sustituir, en fin, según la afortunada expresión de Pedro Salinas, el “Colegio del Puerto” por ese otro colegio del puerto”, con minúsculas ¹⁰; a cambiar el estudio por el juego prohibido o peligroso, la inocencia por la malicia, la disciplina por la más desenfadada libertad.

Regía entonces el Colegio el padre Zamarripa, vasco “larguirucho... y temible como una espada negra”; el padre Pedro Ayala llevaba la prefectura; la dirección espiritual estaba a cargo del padre Lirola. Eran los profesores los padres Madrid, de Aritmética y Geometría; Márquez, de Religión; Salaverri, de Latín; Alberto Risco, el escritor, de Geografía de España; Romero, de Historia; La Torre, de Álgebra; Hurtado, de Química; Roper, de Historia Natural; Aguilar, de Francés; Fernández y Andrés, encargados de la división de los externos, y Lambertini, italiano, a cargo del confesionario. Sólo estos cuatro últimos serán recordados con simpatía por el poeta. Los demás fueron aborrecidos o temidos y serán luego acusados, en las páginas de *La arboleda perdida*, o de excesiva dureza o de una sentimentalona blandenguería.

En cuanto a los compañeros, son los internos, soberbios y antipáticos, los que cargan con la peor parte en el recuerdo. Entre ellos, su primo José Ignacio Merello, hijo del tío Jesús ya mencionado y cuyo gesto de desdeñoso orgullo tanto hirió a Rafael ¹¹. De los externos, Manuel Muñoz Pacheco, luego pintor; los hermanos Emilio y Luis Botello Campos, hoy médico en el Puerto; José Antonio Benvenuti Morphy, el único compañero de “capeas” que llegó luego a vestir el traje de luces; José Luis Gutiérrez, apodado “Coquinete”, que enseña todavía con orgullo, al que la quiera ver, la cicatriz que Alberti le hizo en una pantorrilla al arrojarle, enfurecido, un partepiñones, y el que destaca el poeta sobre todos en el recuerdo, Juan Guilloto, compañero menor de correrías taurinas, más conocido durante la guerra civil como “el general Modesto”.

(10) Salinas, P., “Nueve o diez poetas”, en *Ensayos de literatura hispánica*, Madrid, Aguilar, 1958, pág. 366.

(11) La antipatía entre internos y externos era, como en tantos colegios, proverbial y recíproca. El poeta J. R. Jiménez, en *Diario de Vida y Muerte*, habla de una “niña esmirriada, sucia, bruja, miserabililla”, que al fin resulta ser “un externo de los Jesuitas”. Leído en *Páginas escojidas (Prosa)*, Madrid, Gredos, 1958, págs. 232-33.

Un estudiante desigual

En el Índice Autobiográfico que precede a sus *Poesías Completas* (Losada, Buenos Aires, 1961, pág. 11) dice Alberti que fue “mal estudiante de Matemáticas y Latín y peor de Preceptiva Literaria. Más aficionado a la Geografía, a la Historia y al Dibujo”. Todavía se conservan en el Colegio los expedientes con las notas finales obtenidas por cada alumno en el Instituto de Jerez. Las de D. Rafael Alberti y Merello fueron las siguientes:

Primer curso (1913-1914): Castellano, Notable. Geografía de Europa, Notable. Nociones de Aritmética y Geometría, Aprobado. Caligrafía, Aprobado. Segundo curso (1914-1915): Latín 1º, Notable. Geografía de España, Notable. Aritmética, Aprobado. Gimnasia 1º, Aprobado. Tercer curso (1915-1916): Latín 2º, Notable. Historia de España, Notable. Francés 1º, Sobresaliente. Geometría, no presentado. Gimnasia 2º, Aprobado. Todas estas notas fueron obtenidas en los exámenes ordinarios de junio. Es de suponer que en septiembre del año 1916 aprobaría Rafael la Geometría pendiente, pues no se examinó de ella al reanudar sus estudios en Madrid. Con respecto al curso 1916-1917, figura la siguiente anotación que cierra el expediente: “Estudió el 4º y se retiró”¹².

Dotado de una portentosa memoria y de una vivísima imaginación, Rafael debía de llevar con bastante facilidad los cursos, si se exceptúan las Matemáticas, pues, a pesar de sus frecuentes “rabonas” en tercero, obtiene dos Notables y un Sobresaliente en Francés del que nada nos dice. No debió ser tan “mal estudiante” de Latín, pues, consiguió dos Notables. No aparecen por ninguna parte las notas de Dibujo, del que seguramente no tendría que examinarse, como tampoco de Religión que, en el Colegio, mantuvo siempre con Sobresaliente. Recuérdese su afición por la Historia Sagrada. Tampoco aparece el Sobresaliente en Historia de que habla en su *Arboleda*, pese a que no solía faltar a las clases de esta asignatura, que le atraía bastante y cuyo texto casi se sabía de memoria.

Del curso 1913-1914 hay aún en una galería del Colegio una foto de los externos en la que aparece, sonriente, Rafael, pelado casi al cero y con flequillo, con los ojos un poco abultados –rasgo familiar de los Merellos–, con pantalón corto y chaqueta ceñida y con el redondo cuello almidonado que muchas veces no se quitaba ni para dormir. Era entonces, según el testimonio de sus compañeros Botello y Muñoz Pacheco, un niño más bien débil, delicado y bastante

(12) De este expediente escolar, así como de su examen de ingreso y de sus calificaciones en el Instituto de Jerez, conservo las correspondientes fotocopias, con vistas a una futura biografía del poeta.

tímido, aunque se empeñaba en disimularlo y que se enfurecía fácilmente ante las bromas de sus compañeros. La facilidad con que se aprendió, por gusto, las fechas principales de la Historia de España, prueba que hubiera sido un magnífico estudiante si de verdad se lo hubiera propuesto.

Pintura, amor y libertad

Pero eran otras las cosas que por entonces le interesaban. Tras el desistimiento de sus sueños taurinos al serle descubierta y cortada en el Colegio la coleta que el peluquero le había hecho, empieza a imponerse cada vez con más fuerza la afición al dibujo y a la pintura. Pruebas de sus inclinaciones por las artes plásticas había dado ya anteriormente, no ya con los dibujos garabateados en los márgenes de sus primeros libros escolares, desahogo muy común entre los niños, sino con un camello que modeló en barro, con bastante éxito, para el belén de su tío Vicente. Ahora dibujaba trasatlánticos, acaso como un derivativo de sus ensueños navegantes. Concretamente, el “Balvanera”, donde su abuela materna había emigrado a América para no regresar, fue copiado una y otra vez y a distintos tamaños, de un anuncio mural de la Compañía Trasatlántica. Las clases, cada vez más fastidiosas, iban siendo sustituidas por “rabonas” en las salinas, en los pinares o en la playa, consagradas al dibujo y a la acuarela. Su tía-abuela Lola, la madre de Pepe Ignacio el granadino, le regaló su vieja paleta de aficionada y le enseñó a conocer y manejar pinceles y colores. Copió en seguida Rafael un retrato ecuestre de Velázquez, de una mala reproducción del semanario “La Esfera”. “Este niño será un Murillo”, dictaminó la tía Lola. “Será un Murillo”, repetían sus familiares, entre complacidos y contrariados.

La guerra europea había estallado hacía ya tiempo y en las mismas páginas de “La Esfera” se publicaban ahora unas truculentas y ensangrentadas escenas bélicas que el muchacho dio en copiar con una aplicación digna de mejor causa, hasta despertar en él “el estúpido deseo de jugar a la guerra”, con su hermana menor como enemigo, con soldados recortados en cartón como combatientes y con triquitraques y cápsulas de botella como bombas y proyectiles. Macabro gusto éste, del que el poeta tanto habría de arrepentirse luego.

Nuevamente se habían mudado los Alberti. De la casa de la calle Santo Domingo se habían trasladado a la número 28 de la calle Neverías, muy cerca de las Carmelitas y de las dos viviendas anteriores. Las ausencias del padre continuaban... Se hablaba ya en la casa del traslado a Madrid de la familia... Rafael, ya con trece o catorce años, estudiante de cuarto curso de bachillerato, abre su

corazón, donde ya reinaba el amor imposible por su tía Gloria, a otro amor, no menos ingenuo ni platónico, por la niña Milagritos Sancho. Tan ingenuo, como que era compartido con otro colegial algo mayor y los dos juntos rondaban a la niña y los dos juntos le escribían su amor en primera persona del plural.

Milagritos Sancho, de familia también de bodegueros muy conocidos en el Puerto, era algo menor que Rafael, agraciada de cara y un tanto regordeta. Apenas pasaron alguna tarde juntos y ella le dio un botón de su gabán como romántico recuerdo. Pero una carta de amor de Rafael a Milagritos fue interceptada y, a través de las manos de una tía, llegó a las del severo Padre Ayala, precisamente un día de ejercicios espirituales. Esto, unido a las malas notas, a las frecuentes “rabonas” y a algún pequeño escándalo, determinó la expulsión que el poeta describe en sus memorias. Pero en ellas, unas páginas antes, ha dicho que le expulsaron “por algún tiempo”, y pocas páginas después cuenta cómo al ir a despedirse, días más tarde, del colegio, el propio padre Ayala le anunció que acabaría el bachillerato en el colegio jesuita de Chamartín, en Madrid. Estos detalles, unidos al hecho de estar ya decidido el inminente traslado a la capital para antes de acabar el curso, y a la nota final ya consignada, “se retiró”, del expediente, hacen pensar que acaso la expulsión fue más fingida que real, convenida entre el colegio y la familia con la intención de impresionar al niño. De cualquier modo, no hubiera podido terminar allí su cuarto curso.

Pero el disgusto del muchacho duró poco. Más libre ahora que nunca, se iba desde muy temprano a la playa con su perra “Centella” a bañarse y a leer, tendido al sol de primavera sobre la caliente arena de las dunas, novelas de ladrones y de grumetes. Y llegó por fin el día de la partida. Mayo, 1917. Preparativos, recomendaciones, despedidas... y “una repentina congoja mezclada de desgana e indiferencia” que invadió el ánimo de Rafael ante la perspectiva de abandonar su Puerto. Unos cinco mil soldaditos de cartón fueron amontonados y quemados en el patio la mañana misma de la partida.

Catorce largos años habían transcurrido desde que la “Revista Portuense” dio, con tanto detalle, la noticia del bautizo del quinto hijo de don Vicente Alberti. Sobre el traslado, acaso un tanto vergonzante, de la empobrecida familia a la capital de España no aparece ni la más escueta gacetilla en la prensa local.

II. EL MADRID DE UN ARTISTA ADOLESCENTE

Decepción y aprendizaje

La primera impresión que Madrid produjo al adolescente Alberti no pudo ser más decepcionante. Aquella misma mañana gris de su llegada a la estación de Atocha sintió Rafael, aún con catorce años, las primeras nostalgias de su luminosa bahía. La casa, en la misma calle de Atocha, con una vista de muros rojizos y oscuros balcones, agravó su decepción, despertando a la par su rebeldía y haciéndole proyectar nada menos que una ingenua fuga a pie hasta su Puerto. Resignado finalmente a quedarse, desahogó su furia con sus padres recordándoles que si había venido a Madrid era para hacerse pintor y que, por lo tanto, no continuaría el bachillerato. Pocos días después, y a cambio de algún dinero para colores y pinceles, accedió a prometer que estudiaría cuarto durante el curso próximo. Por lo tanto, tenía todo el verano por delante para consagrarlo a su ilusionada vocación pictórica. Para perfeccionarse en el dibujo acudió al Museo de Reproducciones del Casón, situado frente al Retiro, en la calle Alfonso XII, y allí se dedicó a copiar, al carbón, las esculturas clásicas con tanta devoción y asiduidad que, a los pocos meses, se las sabía de memoria y llegaron a aburrirle. Buscando nuevas metas para su arte se propuso copiar un Zurbarán del Museo del Prado. En su primera visita a la famosa pinacoteca madrileña recibió Rafael una deslumbradora y jubilosa sorpresa: la pintura antigua no era ese conjunto de sombrías opacidades que él había imaginado a través de lo poco y malo que de ella había podido ver en el Puerto. Hasta en la misma pintura española, más severa, abundaban los tonos claros y los temas más profanos y luminosos. “Los azules, los rojos, los rosas, los oros, los verdes y los blancos”¹³ más destellantes le saludaban, invitándole, desde los viejos lienzos. Le encantó, aunque al principio no dejara de turbarle, la sensualidad de Rubens con sus robustas ninfas y Dianas. Pero, sobre todo, le entusiasmó la serena paganía del Ticiano, con quien se sintió étnicamente identificado a través de su sangre italiana.

De este adolescente fervor por la pintura y de este venturoso deslumbramiento ante la contemplación de sus maestros habría de nacer años más tarde *A la Pintura*, uno de los más hermosos libros salidos de su pluma, porticado con estos cuatro versos:

(13) *Arb. Perd.*, págs. 106 y ss.

*Mil novecientos diecisiete.
Mi adolescencia, la locura
ante una caja de pintura,
un lienzo en blanco, un caballete* ¹⁴

La luminosidad de las pinturas, el olor a resina de ceras y barnices y el grato ambiente de las salas, frescas en verano y tibias en invierno, resucitaban en Rafael el recuerdo de los pinares de su Puerto durante las largas horas que pasaba en el museo, casi siempre acompañado de su hermana Pepita, copiando a Zurbarán y a Goya o simplemente paseando y viendo trabajar a los copistas que tanto admiraba.

Llevaba ya un año largo en Madrid. La familia ya no vivía en la calle de Atocha, sino que se había trasladado al número 101 de la de Lagasca. Rafael nada había cumplido de sus promesas de estudiar. Alternaba sus visitas al Prado con otras al Casón, donde entabló amistad con el más adelantado de los aprendices, un tal Servando del Pilar, hijo de un basurero, con el que dibujaba, del natural, escenas callejeras o se encerraba en su cuarto alternándose ambos en los puestos de retratista o de modelo. En esta desordenada habitación de la calle Lagasca, “leonera” según su madre, “triclinio” para los amigos, sólo éstos eran bien recibidos: Manuel Gil Cala ¹⁵ y Celestino Espinosa, jóvenes poetas a los que Alberti dedicara años más tarde sendas secciones de su primer libro, y María Luisa, una hermosa muchacha morena, compañera de sus hermanas, de quien los tres amigos estuvieron enamorados.

Medio resignados ya los padres a que Rafael no fuera “nada más que” pintor, y queriendo que lo fuera seriamente, decidieron buscarle, por medio de Manuel Gil Cala, un profesor particular. Bien poco le enseñó, por cierto, el ignorado y bigotudo Emilio Coli, y menos aún su sucesor, D. Manuel Mendía. A fin libre de nuevo, se lanza ahora –verano, 1918- nuestro “artista adolescente” a pintar al óleo del natural, al aire libre, como en sus últimas jornadas gaditanas. Tocado ya por la avalancha de los “ismos” que, con el fin de la guerra, habían empezado a inundarlo todo, pintaba fuentes, flores, lejanías, con una técnica entre impresionista y puntillista. Una noche salió a escondidas de su casa para pintar la famosa Puerta de Alcalá iluminada por la luna. Y, aunque al regresar de madrugada, le esperaba su padre para castigarle, enseñándoles su obra al día

(14) *A la pintura*, Buenos Aires, Losada, 1953. La continuación de esos versos puede también leerse en *Poesías Completas*, Buenos Aires, Losada, 1961, pág. 611.

(15) Manuel Gil Cala publicará en 1928 *Mosaicos* (prosas y versos).

siguiente logró el joven pintor que los suyos se avinieran a respetar en adelante su vocación y su libertad de artista.

Entre los escenarios preferidos de sus paseos y pinturas, además del Botánico, el Parque del Oeste o el Manzanares, estaban los cementerios, y entre ellos, por más romántico, el ya por entonces abandonado de Santa Engracia. El adjetivo “becqueriano”, empleado ya por el poeta en sus memorias para describir el ambiente de empolvada decadencia de su casa solariega, reaparece ahora aplicado a las tardes invernales que se pasó en los camposantos dibujando la hiedra de los rotos mausoleos y o transcribiendo en sus cuadernos lo más dolientes epitafios.

Enfermedad y viajes

A principios de 1919, y aprovechando un viaje de negocios de su hermano mayor, volvió Rafael al Puerto de sus continuas nostalgias. Cerca de un mes permaneció allí, casi exclusivamente dedicado a pintar por las afueras. Lo encontró todo igual –intacta la belleza del paisaje-, y todo diferente: infinitamente triste, una vez rotas y deshechas con el tiempo casi todas las viejas raíces sentimentales. Pero al reintegrarse luego a su vida madrileña, rebrotó más frondosa, como recién regada, la añoranza. Como contraste, al mismo tiempo, empezó a valorar conscientemente cuanto le iba debiendo ya a Madrid, al imaginar lo que su vida hubiera sido de haber permanecido hasta entonces en el Puerto.

Aunque lo mantendría oculto aún durante mucho tiempo, fue por entonces cuando empezó a sentir los síntomas primeros –inapetencia, angustias, debilidad- de aquella enfermedad pulmonar que iba a influir decisivamente en su futuro. Incluso llegó a desmayarse en plena calle. Por consolar a su padre, también enfermo, reanudó, aunque sin ganas, los interrumpidos estudios del bachillerato y, por acompañarle y porque el escuálido aspecto del muchacho así lo aconsejaba, pasó con él los meses de verano en la serranía guarrameña de San Rafael, y los del siguiente invierno, en Málaga. Ambos paisajes, el montañoso y el marino, le suministraron inagotables temas para su pintura.

Interesado, por lo menos desde el año anterior, por la poesía, aprovechó Alberti su estancia en Málaga para conocer a Salvador Rueda. Venciendo su timidez, fue a visitarle. Lo encontró medio ciego, desengañado de la fama, pero consciente “de su papel como precursor del modernismo poético”. La poesía vigente por entonces le sonaba con voces de mujer. J. Ramón, Villaespesa, escri-

bían, a su juicio, “poesía femenina...” A la vuelta de Málaga y como su padre se agravaba, se sintió Rafael obligado a darle la alegría de progresar en su bachillerato. Estudió, esta vez con más ganas, aunque sin demasiado aprovechamiento, durante el verano. Se examinó en septiembre de dos asignaturas en el instituto “Cardenal Cisneros”. Aprobó la Historia Universal pero le suspendieron en Preceptiva Literaria. Falsificó unas notas con la sola intención de alegrar a su pobre padre y se lanzó de nuevo, otra vez libre, a la gran aventura de vivir. Con Espinosa y con Gil Cala, sus iniciadores en la afición poética, paseaba charlando y recitando versos hasta el amanecer. Ya había leído a Bécquer, Rubén Darío, Amado Nervo, preferidos de sus iniciadores. Descubre ahora, deslumbrado, el *Platero y yo*, de J. Ramón. Compra desordenadamente los libros viejos que su escaso bolsillo le permite: los *novellieri* italianos junto a los clásicos helénicos, y piensa ya en dedicarse a escribir, al descubrir la insuficiencia de las artes plásticas para la expresión de sentimientos como la angustia y la nostalgia, que eran los que entonces embargaban su ánimo.

Las artes musicales vienen por este tiempo a completar el desarrollo de su sensibilidad: Gluck, Debussy, Puccini y, sobre todo, “el apasionante ritmo y el alma *jonda*” de Manuel de Falla, cuyo *Sombrero de tres picos* vio estrenar al ballet ruso de Diaghilev con decorados de Pablo Picasso. Manuel Gil Cala le presentó en la calle al escultor Julio Antonio, que moriría poco después, y a Daniel Vázquez Díaz, con quien simpatizó inmediatamente.

Nace un poeta ante la muerte

Al volver a su casa una noche de marzo de 1920, año crucial en su destino, se encontró Rafael con la muerte repentina de su padre. Poco se habían tratado padre e hijo durante los años del Puerto. Algo más en esta etapa madrileña, y al fin asiduamente durante la enfermedad. Con todo, Rafael, tan apegado al cariño de su madre, se había mostrado siempre inexplicablemente hosco y esquivo con su padre. Lo recordaba ahora ante su cadáver, y este recuerdo, unido al del engaño de los últimos exámenes, provocó en su espíritu un amarguísimo remordimiento que le exigía urgentemente plasmar de alguna forma aquel agrio dolor. Tomó su lápiz y se puso, a no dibujar, sino a escribir. A escribir su primer poema. Así, a sus diecisiete años y en la romántica presencia de la muerte, nacía Rafael Alberti para la poesía, decidida, definitivamente.

Tiempos de luto y de tristeza. Vuelta a las largas caminatas solitarias, llenas esta vez de melancólicos versos que le brotaban irrefrenablemente. Versos seve-

ros, sobrios, contenidos, de ritmo entrecortado, parecidos a los que oyó recitar en el Ateneo a “un tal” León Felipe. Hasta la pintura, que siguió cultivando, se le oscureció de acuerdo con su estado de ánimo. Pasados los primeros meses, ayudó a su hermano, como viajante de los vinos de Osborne, por pueblos de Madrid y Guadalajara. Durante quince días, primero acompañado y luego solo, vendió coñac y vino de su Puerto en Alcalá de Henares, Arganda, Atienza, Sacedón, Colmenar de Oreja... Entretanto, la enfermedad, cuyos síntomas llevaba casi un año ocultando, dio la cara bajo la forma de un breve vómito de sangre. Alarma familiar, reproches, reconocimientos, radiografías y por el fin el diagnóstico: “Adenopatía hiliar con infiltración en el lóbulo superior del pulmón derecho”. Y el tratamiento: Sobrealimentación, reposo y aire puro.

La primera reacción de este ingenuo enamorado de la belleza de las palabras fue escribir unos poemas que llamó “Radiográficos”, complacido ante la eufónica descripción de su enfermedad: “Adenopatía hiliar...” Luego, el aburrimiento ante una inmovilidad a la que no estaba acostumbrado. Después, el miedo a la muerte, que le hizo rodearse de un silencioso aislamiento de “prescripción facultativa”. Por fin, el gusto por esa misma soledad que le permitió dedicarse casi exclusivamente a la lectura: *Segunda Antología* de J. R. Jiménez, *Soledades y Galerías* de A. Machado y los primeros libros de la Colección Universal, suministrados por su tío Luis, hermano del “republicanote” Pepe Ignacio y empleado en la Editorial Calpe.

Había aparecido en el Madrid de entonces –enero, 1921- la revista de vanguardia “Ultra”, fundada por Guillermo de Torre. Alberti la seguía, desconcertado primero y entusiasmado después por sus audacias. Hizo algunos poemas ultraístas entre los muchos que entonces escribía y los mandó, sin éxito, a la revolucionaria publicación. Pensó entonces que su naciente renombre de pintor, que ya había expuesto, junto a Vázquez Díaz, en el Primer Salón de Otoño, era un tremendo obstáculo para que le reconocieran como poeta. Porque ya no quería ser más que poeta y que se le olvidara como pintor... No le fue nada fácil.

Ya bien entrada la primavera de 1921 volvió Alberti a su sanatorio guadarrameño de San Rafael. Allí se estuvo hasta fines de octubre dedicado al reposo, a la poesía y a la contemplación del hermoso paisaje. Mientras su salud se rehacía, escribía “como un loco” una poesía bastante personal aunque con cierto influjo de los ultraístas. El pintor Gregorio Prieto, a quien, probablemente, le habría presentado Vázquez Díaz, le llevó, en una de sus visitas, el *Libro de Poemas* de Federico García Lorca, aparecido el año anterior. Su lectura fue para Rafael un acontecimiento deslumbrador. Aunque algunas de sus poesías más pretenciosas

no le gustaron, le encantaron en cambio “aquellas de corte simple, popular, ornadas de graciosos estribillos cantables”. Desde entonces ardió en deseos de conocerlo.

De la pintura a la poesía

Vuelto a Madrid, a su aislamiento, a sus lecturas y poemas, alternados de vez en cuando con la muda contemplación, tras los cristales, de Sofía, una muchacha de la casa de enfrente, recibió un día la visita del poeta valenciano Juan Chabás, a quien ya conocía, con un ejemplar de su reciente libro poético, *Ondas*, dedicado “Al pintor Rafael Alberti”. Rafael Alberti no se sentía ya pintor, sino poeta. Así se lo dijo a su amigo, y pasó a demostrárselo con la lectura de unos recientes poemas de corte surrealista. Pero Chabás venía a hablarle de otra cosa: directivo del Ateneo, pretendía organizarle una exposición de sus pinturas. Aunque Alberti se resistió, acabó cediendo, con la condición de que él no se ocuparía en absoluto de ese asunto y de que sería su adiós definitivo a la pintura.

A comienzos de 1922 acudió Rafael, entre complacido y resignado, a la apertura de su exposición en el “Saloncillo” de la calle del Prado. Entre óleos y dibujos, se exhibían allí las muestras de sus experiencias y tanteos: retratos y paisajes lineales a la manera de Daniel Vázquez Díaz, estallidos de color y dinamismo aprendidos en Delaunay, sencillas composiciones cubistas. Viendo su obra reunida y expuesta sentía tentaciones de regresar a su vocación primera. Pero no. Ya era poeta y sólo poeta decididamente y para siempre. Vendió uno de sus cuadros en trescientas pesetas.

Otro día le visitó Chabás acompañado de un joven con gafas, rechoncho y bastante calvo, que le traía su primer libro. Era Dámaso Alonso con sus *Poemas puros. Poemillas de la ciudad* ¹⁶. Allí empezó una de las primeras y más estrechas amistades de la generación del 27 y al mismo tiempo una de las más fecundas para la poesía. Le sobraba al madrileño toda la cultura y erudición que le faltaba al gaditano, con lo que se convirtió en su generoso consejero, recomendándole certeramente la lectura de Gil Vicente y de los Cancioneros.

También gracias a Juan Chabás conoció Alberti al poeta osunense Pedro Garfías, en cuya revista “Horizonte” publicó por primera vez, al lado de García

(16) Según Dámaso Alonso, fue Celestino Espinosa, y no Chábas, el que los presentó.

Lorca y de Antonio Machado ¹⁷. Rota ya la barrera de lo inédito, publicó poco después en la revista “Alfar” de La Coruña un poema en tres partes titulado “Balcones”, inspirado por Sofía, la vecinita del balcón de enfrente, a la que llama, entre otras cosas, “sirenita del mar”. Sofía, bastante más joven que Rafael, le inspiraría luego una canción de *Marinero en tierra*, por más que ni llegaron apenas a tratarse. De un tono muy parecido a estos poemas publicados en “Alfar” y en “Horizonte” eran los que Alberti fue escribiendo a continuación y agrupando en un libro bajo el título de *Giróscopo*, que hizo llegar, también por medio de Chabás, a manos de Gabriel Miró, entonces en su masía de Polop de la Marina. El autor de *El Obispo Leproso* escribió, bondadoso y clarividente, al joven poeta: “En *Giróscopo*... hay palabras de aguda belleza”. Era el primer juicio de un consagrado sobre una poesía que tanto iba a basarse en la “aguda belleza” de las palabras.

Aunque ya su enfermedad se había aliviado bastante, no volvió Alberti a sus agotadores callejeos de antes. Salía poco y leía mucho. Su tío Luis le seguía regalando los libros de la reciente Colección Universal. Los geniales narradores rusos, Dostoyevski, Gogol, Andreiev y Chejov, fueron su gran descubrimiento literario de entonces. Ausentes de Madrid Gil Cala y Espinosa, cultivó estrechamente la amistad de Vázquez Díaz, cuya graciosa verborrea de andaluz afrancesado tanto le divertía, y la de otro poeta novel, frecuente compañero de tranvía: Vicente Aleixandre.

Mar y tierra

Durante los veranos regresaba a su sanatorio serrano de San Rafael. Reposos, lecturas, fugaces enamoramientos y, en 1924, los poemas de “Mar y tierra”, un nuevo libro en el que venían a cristalizar todas sus nostalgias marineras, bajo la leve forma tradicional recién leída en Gil Vicente y en el Cancionero de Barbieri. El libro, concebido desde el principio como un todo orgánico y definido por su título, constaría de dos partes: en la primera irían los sonetos y canciones de inspiración guadarrameña. En la segunda, que ya se titulaba “Marinero en tierra”, los versos nacidos de sus añoranzas gaditanas. Bien curado ya su autor del sarampión ultraísta, respondían estos versos a un propósito de sencillez y claridad melódica al modo de los Cancioneros, o se insertaban en la tradición italianizante de los endecasílabos de Garcilaso. Dámaso Alonso se los iba leyendo

(17) Publicó tres poemillas, de los que en su lugar hablaremos, y que son los que abren el libro *Poesía* (1924-1967), Madrid, Aguilar, 1967, páginas 5 y 6. Les sigue “Balcones”. Este libro lo citaremos en adelante como *Poesía*, I, Aguilar.

y enjuiciando. También tuvo ocasión de leerle algunos a Enrique Díez Canedo, uno de los maestros de la crítica de entonces y el primero que iba a ocuparse de *Marinero en Tierra* cuando se publicara. Díez Canedo, que ya le conocía como pintor, los comentó en aquella ocasión favorable, aunque sobriamente, señalando su estirpe andaluza. Durante el siguiente invierno madrileño continuó escribiendo “Mar y tierra”. Fue por entonces cuando conoció a Federico García Lorca en la famosa Residencia de Estudiantes. La simpatía vital y el perpetuo “dramatismo” del granadino le impresionaron poderosamente. Federico, que aseguraba conocerle, así como a sus parientes de Granada, le acogió con su habitual entusiasmo, le recitó el “Romance Sonámbulo” y le encargó que le hiciera un retrato alegórico representándole dormido y visitado por la Virgen del Amor Hermoso.

Volvió muchas veces Alberti por aquella Residencia, cuyo ambiente le encantaba. Allí conoció a Luis Buñuel, a Salvador Dalí y a Jorge Moreno Villa. Aquel ámbito juvenil de estudio y diversión, de trabajo y alegría, fue secretamente envidiado y compartido en lo posible por aquel espigado joven de ojos claros que ni siquiera tenía el bachillerato. A través de Federico conoció Alberti a uno de sus más incondicionales admiradores y amigos de entonces: el escritor y diplomático cubano José María Chacón y Calvo, que preparaba por entonces en Madrid una edición de la obra de su compatriota José Martí. Y a través de José María Chacón pudo someter sus canciones marineras al agudo juicio de don Eugenio D’Ors: “Dan ganas de hacer versos *à la manière de...*”, fue su musitado, certero comentario.

El Premio Nacional de Literatura

El otro gran amigo de este tiempo fue el escritor canario Claudio de la Torre, que Juan Chabás le presentó. Había ganado el año anterior el Premio Nacional de Literatura con una novela, y animó seriamente a Rafael a presentar su “Mar y Tierra” al de aquel año. Aunque Alberti creyó al principio que su amigo bromeaba, sus últimas palabras de aquella noche, “a lo mejor te dan el premio”, le repicaron ilusionadamente en el oído durante mucho tiempo y le decidieron por fin a presentarse a un certamen al que nunca se le hubiera ocurrido concursar por su propia iniciativa. Por lo pronto se iría de Madrid a pasar el invierno con su hermana María, que vivía, casada, en Rute, “población escondida en la sierra de Córdoba”.

“Algo duro, casi siniestro, respiraba todo el aire de Rute”. Era la otra Andalucía, la áspera y serrana de García Lorca, que Alberti aún no conocía, ni

de momento, iba a conocer. Aprovecharía el mal tiempo para pasar a máquina su libro; mientras lo hacía, se le ocurrían nuevos poemas de “la serie del Puerto”, que iba a ser la preferida por Juan Ramón Jiménez. Por fin, al dar el libro por terminado, el pensamiento de la dificultad de su publicación, en una España en la que el propio Juan Ramón tenía que editarse sus libros, le decidió a presentarlo al Premio Nacional.

Decidido a olvidarse del asunto, se dedicó a recorrer el pueblo, a conocer sus paisajes, sus tipos y leyendas, buscando inspiración para un próximo libro que ya proyectaba. La atmósfera dramática de Rute, luminoso y agazapado al pie del Monte de las Cruces, le había impresionado fuertemente con el áspero contraste entre la cal de sus paredes y la turbia mentalidad de sus habitantes, fanáticos y reprimidos, supersticiosos y borrachos, viviendo siempre entre leyendas increíbles y tragedias reales.

Las “cales negras” de Rute

Llevado de su pretensión y concepción unitaria y orgánica del libro poético, se dio primero a buscarle un título definidor. Tras de algunos tanteos creyó haberlo encontrado: “Cales negras”, bímembre y paradójico, casando realidades contrarias como antes “Mar y tierra”, condensaba bastante bien las ideas contradictorias que lo habían inspirado. Más tarde, el libro pasaría a llamarse *El Alba del Alhelí*, título mucho más eufónico, tomado de uno de sus mismos versos. Empezó las canciones de su parte más dramática, la que luego se llamaría “El Negro Alhelí”. Ya el lenguaje, el tono y la melodía no podían ser los mismos de su libro anterior. Un cierto aire sombrío dominaba estas coplas de ahora mucho más directamente populares, “más para la guitarra que para la culta vihuela de los cancioneros”¹⁸.

Inspirado en un personaje real, conocido en el pueblo como “la encerrada”, escribió en primer lugar las once canciones que figuran en el libro bajo este mismo nombre y, años más tarde, su fábula teatral *El Adefesio*. Basándose en la cárcel vecina, separada por un solo tabique del cuarto en que dormía, compuso las seis partes de “El prisionero”, donde resuenan los ayes del cante jondo, como en esta soleá:

(18) *Arb. Perd.*, pág. 189.

*La ventana de la cárcel
es ventanita de yerro
por donde no pasa el aire*

De sus largos paseos por campos y caminos, en puertas ya la primavera, se trajo las diez coplillas que forman “La húngara”, también basadas en un personaje real; la serie de estampas y pregones populares, la lorquiana canción de la torre de Iznájar (un pueblo aún más pequeño y extraño que Rute...). Cuando, ya en plena primavera, aquella soledad pueblerina, de tan conocida, había empezado a aburrirle, le llegó un inesperado telegrama de su amigo José María Chacón con la noticia de que le había sido concedido el Premio Nacional de Literatura. El primer pensamiento de Rafael Alberti al leer el telegrama fue el de que por fin en Madrid iban a olvidarse del pintor que había sido, que no quería ser ya.

A los pocos días regresaba, ilusionado como un niño, a su casa de Madrid, donde su familia, un tanto impresionada por la noticia y por el importe del premio –cinco mil pesetas del año veinticinco-, le había ido guardando los periódicos de aquellos días, por los que Rafael pudo enterarse –otra nueva alegría- de que su admirado tío Pepe Ignacio, el traductor, había ganado al mismo tiempo el Premio Nacional de Crítica con un ensayo sobre el pintor Rosales ¹⁹.

El fallo del jurado lo describe detalladamente uno de sus miembros, el poeta malagueño José Moreno Villa, en su autobiografía ²⁰. Los otros componentes del jurado fueron don Ramón Menéndez Pidal, Gabriel Maura, Carlos Arniches, Antonio Machado y Gabriel Miró como secretario. Maura propuso premiar al “Pastor Poeta”, a lo que se opuso decididamente Moreno Villa, defendiendo la candidatura de Rafael Alberti, apoyado en seguida por Machado y luego por los demás. Como el premio de teatro se había declarado desierto, sugirió Maura que se creara con él un segundo premio de poesía para Gerardo Diego, que se presentaba con *Versos humanos*. Así se hizo. Cuando, días después, retiró Alberti la copia presentada, encontró entre sus páginas el siguiente voto autógrafo de Antonio Machado:

*Mar y tierra. Rafael Alberti. Es, a mi juicio, el mejor libro
de poesía presentado al concurso. Antonio Machado*

(19) Según José Gerardo Manrique de Lara en su biografía *Gerardo Diego*, Madrid, Epesa, 1970, pág. 99, el libro *Eduardo Rosales* obtuvo el Premio de Ensayo y su autor era Juan Chacón Enríquez, dato que aparece confirmado en un catálogo de la librería madrileña de Estanislao Rodríguez.

(20) *Vida en claro*, México, D. F., El Colegio de México, 1944.

Gastó pronto gran parte del dinero del premio en comprarse alguna ropa, las obras completas de Gil Vicente y el Cancionero de Barbieri. El resto lo empleó en convidar a helados a los amigos y aun a los desconocidos que se lo aceptaban. En seguida fue a visitar a los miembros del jurado para agradecerles la concesión del premio. Primero, a José Moreno Villa, a quien ya conocía, a la Residencia de Estudiantes. Luego, a casa de Antonio Machado. No estaba. Se encontraba enseñando francés en su Instituto de Segovia. Unos meses más tarde lo encontraría paseando abstraído por la madrileña calle de Cisne: apenas un saludo y un apretón de manos y el maestro se reintegró a su marcha y a su habitual ensimismamiento. Acompañado de su amigo, el escritor José Bergamín, visitó poco después a Carlos Arniches, en cuya casa celebraron un almuerzo familiar.

A finales de mayo de ese mismo año 1925 fue a visitar a Juan Ramón Jiménez, a quien ya conocía. Con todo, esta visita le impresionó tanto que veinte años más tarde le inspiró el poema titulado “Retornos de un día de cumpleaños”²¹, escrito exactamente el día 16 de diciembre de 1945, al cumplir el poeta del Puerto sus cuarenta y tres años: los mismos que tenía el de Moguer en la tarde de aquella visita madrileña en que añoraron juntos su mar común del Sudoeste:

*Subí yo aquella tarde
con mis primeros versos
a la sola azotea
donde entre madre selvas y jazmines
él en silencio ardía.*

Consecuencia de aquella visita a la alta azotea de la calle de Lista, testigos los poetas Antonio Espina y José María Hinojosa, fue la publicación en el boletín “Sí” juanramoniano de unas canciones, escogidas por el maestro, del libro aún inédito que ya se titulaba *Marinero en tierra* y de la famosa carta consagrada que ha figurado al frente de casi todas las ediciones de dicho libro.

Con la amante imaginada

En su última página se anunciaban las siguientes “obras en preparación”: *El alba de alhelí*, ya con su título definitivo, aunque sólo estaba escrita en parte; unos “Sonetos Litorales” de los que nunca más se supo; dos obras de teatro, basadas en canciones del primer libro y que se quedarían en proyectos y *La amante*,

(21) *Poesía Completa*, Buenos Aires, Losada, 1961, pág. 822.

título escogido para un inmediato “itinerario lírico”: el correspondiente al viaje en automóvil, Castilla arriba hasta la costa santanderina y vasca, que emprendiera con su hermano Agustín aquel mismo otoño del intenso 1925. La amante imaginaria, acompañante sólo en el recuerdo, la que prestaba su título unificador al libro, era “una bella amiga lejana de mis días de reposo guadarrameño”, que venía a sustituir a la hortelanita de su mar primero en este libro de “poesía amorosa sin amor”, como certeramente lo define Luis Felipe Vivanco. Más de cien pueblos visitados en el recorrido Madrid-Burgos-Santander-Bilbao y regreso y setenta breves composiciones, aún con el corte rítmico de los cancioneros. En los extremos del libro, al salir y al regresar, la presencia desvaída de la amante, más bien pretexto denominador que no tema del conjunto; en el centro, la aparición impresionante de la brava mar del Norte ante los ojos conmovidos del marinerillo gaditano, y, a lo largo de los caminos, instantáneas de tipos, oficios y paisajes, bajo sonoros topónimos, como Madrigalejos del Monte, Gumiel de Hizán o Belorado. Solicitado y halagado por todas partes, Alberti escapa de Madrid para poder seguir escribiendo en paz. De nuevo al frío invierno de Rute, decidido a continuar con *El alba del alhelí*: cancioncillas, estampas y pregones de un tono más optimista que los anteriores y unos ingenuos villancicos compuestos para sus sobrinos, formarían la parte que abriría el libro bajo el subtítulo “El blanco alhelí”.

De Rute, en coche, a Málaga, con un recuerdo para Pedro Espinosa al pasar por Antequera. Una vez en Málaga, derecho, casi disparado, para el número 12 de la calle San Lorenzo: Imprenta Sur. Emilio Prados y Manolo Altolaguirre, que se componían allí sus propios libros, le reciben entusiasmados. Charlas, versos, paseos por la Caleta, el Limonar y Gibralfaro, y otras dos nuevas amistades poéticas como completando el conjunto de aquella espléndida generación. Les dejó el manuscrito de *La amante*, que en seguida publicaron como segundo suplemento de “Litoral”, y, por fin, una noche de primavera se embarcó para Almería.

Pasaría allí dos meses deliciosos en el hogar de su recién casada hermana Pepita, su preferida de siempre, y en la amable compañía de una hermosa joven filipina, de la que acabó enamorándose²². Dos meses de paseos, de baños y de versos que pasarían a formar, bajo el subtítulo “El verde alhelí”, la parte tercera y última de *El alba de alhelí*, su tercer libro; aunque muchos de estos versos, por su carácter marineró, se integrarían más tarde a una nueva edición de *Marinero en tierra*²³.

(22) Probablemente esta muchacha filipina sería la María Vallejo a la que dedicó “La sirenila cristiana” de “El verde alhelí”

(23) Véase más adelante nuestro estudio de estas poesías bajo el epígrafe “Las 16 playeras añadidas”.

Otra vez en Madrid. Verano, 1926. ¿Qué escribiría ahora? Las canciones habían llegado a hastiarle. Pero en su primer libro no todo eran canciones: al lado de ellas figuraban los sonetos y tercetos que Díez Canedo señalara como prometedores de una evolución. Por otra parte, la proximidad del centenario de Góngora acrecentó su habitual pasión por la forma. “Pasión y forma” sería precisamente el título, también bipolar y definitorio, de un próximo libro métricamente riguroso, temáticamente actual y de alta exigencia estética en su lenguaje. Luego, este título se cambiaría por *Cal y Canto*.

Pero todo esto pertenece ya a una segunda fase de la vida y la obra de Rafael Aberti y alcanza los límites señalados a este trabajo.

RESUMEN

José-Luis Tejada analiza en este texto, sobre fuentes de primera mano, la génesis de la vocación lírica y el universo poético de Rafael Alberti. En este excelente ensayo, Tejada aporta las claves para conocer y comprender la peculiar personalidad y el ingenio creativo de Alberti; así como la manera en la que influyeron los ambientes familiar y doméstico, las amistades, diversas vivencias y las lecturas en su honda formación en las tradiciones culta y popular y en su sensibilidad y estética literarias.

SUMMARY

Jose Luis Tejada analyses the genesis of Rafael Alberti's lyric vocation and poetic universe in this text based on first-hand sources. In this excellent essay Tejada provides us with the keys to knowing and understanding Alberti's peculiar personality and creative wit as well as the way his family and domestic environment, his acquaintances, diverse experience and reading influenced his deep formation in cultured and popular traditions and his literary sensibility and aesthetics.

